



**Testimonios
de horror
y misterio**

YETZI GÓMEZ

En las ciudades y en los pueblos mas recónditos; en el campo y en las playas; en los hospitales, los suburbios y hasta en el gran metro de la ciudad, las historias de aparecidos son parte del mas antiguo bagaje imaginario. En México, la muerte es uno de los grandes temas alrededor del cual se han cimentado leyendas fabulosas y relatos magníficos. Las leyendas celebres de «La Llorona» y «La planchada» son apenas un ejemplo del alcance y el arraigo que estas historias han tenido entre la gente de nuestro país. Estos relatos tienen una particularidad: no se trata de meras leyendas, sino de testimonios reales, pruebas de lo sobrenatural que dejaron paralizados a todos aquellos que se atrevan a abrir sus paginas. Gnomos, ancianas y mujeres muertas que no encuentran descanso, pueblos fantasmas, son parte de este compendio de horror y misterio que le hará replantearse a mas de uno los limites de la realidad.

De algo no cabe duda: este libro le hará vacilar al apagar la luz cuando el sueño llegue. No se duerma, usted no tiene idea de lo que acecha en la oscuridad.

Agradecimientos

Ambrosio Hernandez Castro / Veracruz
Angela Martínez López / Estado de México
Fabiana Escalante Pérez / Hidalgo
Héctor Lozano / Coahuila
Jovita Romero / Puebla
Sr. Julio / Distrito Federal
Maygebsi Cuevas Gonzalez / Chiapas
Miguel Alberto Muñoz / Distrito Federal
Román Castañón / Distrito Federal

*Gracias a estas personas por sus valiosos
testimonios,
los cuales fueron fundamentales
para la realización de la presente obra.*

Introducción

*Quien ríe de lo que ignora
está en camino de ser idiota.*

Samael Aun Weor

Los sucesos extraordinarios, fantásticos o sobrenaturales, siempre han despertado la curiosidad del ser humano. La búsqueda de respuestas a todo aquello que parece inexplicable ha llenado innumerables volúmenes con relatos, leyendas y anécdotas. Tales historias también forman parte de la tradición oral de los pueblos. Pero eso no es todo, muchas personas han experimentado en carne propia la fuerza de aquello que parece provenir del más allá. Autores tan destacados como Mircea Eliade o Eliphas Lévi dedicaron su vida a tratar de entender y dar razón de aquellos acontecimientos que parecen desafiar la lógica.

¿Qué es este mundo? ¿Cuáles son sus límites? Por lo general, lo extraordinario —es decir, aquello que se escapa de lo cotidiano— suele provocar fascinación, pero también terror. Sin embargo, para las antiguas culturas orientales,

concretamente la hindú, muchas cosas que en Occidente calificamos de «sobrenaturales» para ellos forman parte de la realidad de todos los días. El problema es que la mayoría de la gente no cuenta con la suficiente sensibilidad para percibirlo.

No obstante, a lo largo de la historia han existido personas capaces de captar esas dimensiones sutiles y, en ocasiones, se han topado con algunos de sus habitantes. Por lo regular se trata de almas sencillas, gente del pueblo con una mentalidad abierta y aún no contaminada con el escepticismo que tanto prolifera en nuestros días. Desde luego, en México también existen individuos que, sin haberlo buscado, estuvieron en contacto con lo extraordinario. Muchos son los lugares al interior de nuestro país, donde se han manifestado seres y criaturas que no parecen pertenecer a este mundo. Lo mismo en las ciudades, en el campo y en los pueblos remotos, las historias de aparecidos son parte de la memoria ancestral.

Este libro es una recopilación de relatos extraordinarios, reunidos de varias partes de la República; todos ellos provienen de boca de testigos que hoy quieren compartir su experiencia para dejar constancia de estos hechos fabulosos.

Así, el lector tiene ante sus ojos una de las mejores reuniones en torno a lo sobrenatural, que seguramente romperá con la idea que tenía acerca de los límites de la realidad.

Podremos creer o no en estos testimonios, lo seguro es que después de haber leído las siguientes historias de horror y misterio, nos entrará la duda de apagar la luz antes de dormir.

Capítulo 1

El Diablo en Veracruz

El territorio que ocupa México ha sido, desde la época prehispánica, un lugar en el que confluyen energías muy poderosas. No por nada, junto con Egipto, es la única zona geográfica donde se construyeron pirámides de grandes dimensiones. Estas antiguas civilizaciones se encuentran envueltas en un halo de misterio que los arqueólogos y otros especialistas comienzan apenas a comprender. Además, en México la mezcla de las antiguas religiones indígenas y su visión mágica del mundo, con la influencia cristiana, dieron lugar a una cosmovisión tan diversa como las imágenes de un caleidoscopio.

Así, vemos que en muchas regiones del país lo extraordinario es algo usual en la vida de las personas, algo que forma parte de su cotidianidad y que, por tanto, no las sorprende.

En el caso de México existen centros energéticos que se ubican en diferentes puntos del país. En ellos han ocurrido desde siempre sucesos inexplicables. Hay que aclarar que la energía que se manifiesta en estos lugares puede ser positiva, pero también negativa y maligna.

Tal es el caso de Veracruz, un estado en el que, a través del relato de sus habitantes, podemos encontrar evidencia de las numerosas fuerzas luminosas y oscuras.

Muchas de las religiones más importantes del mundo aluden a la existencia de seres que han desafiado el poder de Dios; tal ambición los hizo apoderarse del conocimiento siniestro que los hundió en un abismo profundo. Estos seres nunca encontraron la paz, se dice que deambulan por el mundo y que con frecuencia son obstáculo entre el hombre y la divinidad. Quizás el más conocido de estos seres es Satán, llamado así por la religión cristiana y cuyo nombre quiere decir «El enemigo»; es decir, el adversario más peligroso de Dios y de los hombres.

Los teólogos se han referido a Satán (llamado genéricamente «el Diablo») como un ser grotesco que, sin embargo, puede adoptar imagen seductora para lograr sus fines perversos. Entre estos, quizás el más importante sea el de apoderarse del alma del ser humano.

Ambrosio Hernández es economista radicado en el Distrito Federal que vivió su infancia en un pueblo del sur de Veracruz llamado Los Naranjos. El señor Hernandez no sólo escuchó durante su niñez historias relacionadas con el Diablo, sino que tuvo un par de encuentros con él. La historia de Hernández nos proporciona la imagen de este ser de poder infinito y maldad inconcebible.

Las narraciones que a continuación se presentan son testimonio de la existencia real del Diablo en Veracruz y de las diversas formas en

que ha intentado apoderarse de las almas de quienes visita.

El Diablo en Los Naranjos y la señal para quedarnos

Yo acababa de cumplir dos años cuando mis papas decidieron venir a vivir a Los Naranjos, población del estado de Veracruz. Mi madrina, quien era una reconocida predicadora y vidente, nos había advertido que en aquella zona andaba el Diablo y que debíamos tener cuidado.

Cuando llegamos a Los Naranjos, pasamos por un lugar conocido como La Curva. Tiempo después supimos que allí ocurrían cosas extrañas con mucha frecuencia. Era un punto en el que se cruzaban las vías de los ferrocarriles que conectaban a la capital del país con Mérida, y a Orizaba con Jesús Carranza. Habían sido ya tantas las muertes acaecidas en ese sitio que, con el tiempo, la gente comenzó a decir que por ahí rondaba el Diablo.

Pasando las vías crecía un árbol de mango criollo, era grande, frondoso, cuyas ramas caían pesadamente a causa de los frutos maduros que de ellas colgaban. Entre sus hojas, delineadas por los destellos rojizos del sol menguante, mis padres vieron una pequeña luz. Era de un azul refulgente cuyo origen no pudieron explicar. Parece que aquel destello advirtió nuestra presencia, pues su intensidad aumentó y se aproximó a nosotros.

Uno de mis hermanos se acercó, quería averiguar qué era. Sin embargo, los rayos del sol que caían directo a su rostro lo deslumbraban, impidiéndole descubrir qué era esa luz y de dónde provenía.

Pasados algunos minutos, la extraña luminosidad se alejó hasta perderse detrás de una de las pequeñas lomas de arena que rodeaban la laguna. Mis hermanos corrieron tras ella, pero no pudieron hallarla. ¿Qué habría sido aquello? ¿Un hada? Ningún miembro de mi familia lo supo.

Como yo tenía apenas dos años no recuerdo el incidente con claridad, pero mis padres y hermanos lo tienen grabado en la memoria y nunca han dejado de interrogarse sobre aquel misterioso resplandor que nos dio la bienvenida a Los Naranjos. En ese momento mis progenitores consideraron que era señal de Dios, quien nos invitaba a quedarnos a vivir en esas tierras. Sin embargo, yo no estuve tan seguro de esa interpretación.

Esa primera noche acampamos junto al árbol de mango. Y aunque dormimos bajo el cielo raso y con un hueco en el estómago, un sentimiento de emoción se reflejaba en el rostro de mis padres. Fue allí donde construyeron nuestra casa y donde yo crecí.

A la noche siguiente, mis padrinos reunieron a los fieles, entre ellos a mi v a los integrantes de mi Familia. Fabricaron cuatro cruces y las colocaron en los cuatro puntos cardinales alrededor del pueblo. De esa forma estaríamos protegidos. Dios, por boca de mi madrina Damiana, lo había ordenado así.

Al pasar los meses, todos los que fueron llamados por Dios para habitar en Los Naranjos ayudaron a construir un templo para poder llevar a cabo las «cátedras». como llamaban a los servicios religiosos. En ese lugar, mi madrina Damiana, a quien llamaban «médium» o «sacerdotisa», tendría un lugar adecuado para realizar su labor. Ella era poseída por la energía divina y, a través de ella. Dios podía comunicarse con nosotros. Recuerdo que a la entrada del templo estaba el siguiente letrero:

TEMPLO ESPIRITUALISTA TRINITARIO
MARIANO

La primera aparición del Diablo

La gente de Los Naranjos cultivaba caña. Había que ir todos los días al campo para trabajarla, pero sólo durante las noches de Luna llena se podía hacer la quema, pues durante el día el calor del sol y del fuego era demasiado abrasante. Los campesinos salían alrededor de las siete de la noche para la quema de la caña. Era común ver desde mi casa, pasando las vías del ferrocarril, el resplandor de las linternas de petróleo. Las pequeñas luces desfilaban rumbo al cañizal. Al llegar la madrugada, las veíamos regresar y dispersarse. A la mañana siguiente solíamos preguntarle a mi papá sobre los incidentes de la noche anterior y si había visto al Diablo. Mi padre no contestaba, se limitaba a asentir con la cabeza y podía percibirse en sus ojos un intenso fulgor. Nosotros queríamos escucharlo, pero él decía que era necesario esperar a que llegara la noche. Y es que era por la noche cuando, bajo la oscura bóveda celeste salpicada por incontables estrellas, mi padre nos narraba las historias del Diablo en Los Naranjos. Todos escuchábamos con atención e inquietud. Así conocimos las distintas formas en las que dicho ser se les aparecía a los habitantes del pueblo. Al principio, esa criatura maligna se manifestó mediante visiones y sueños. Pero luego, las personas comenzaron a toparse con él y su influencia logró corromper a mucha gente de la localidad.

Aquella noche mi padre comenzó su historia describiéndonos cómo ardían los carrizos de la caña y cómo se levantaban las columnas de fuego cual paredes gigantes que habían cobrado vida. Nos detalló cómo se movían con furia amenazante y escapaban hacia el cielo en puntas flameantes que se convertían en humo denso y oscuro. Finalmente, nos dijo que aquel resplandor iluminaba la selva, de la cual salían llantos de mono y guacamaya espantados por el calor y el bramido del fuego.

Los hombres contemplaban este espectáculo, cuando de pronto uno de ellos, al que todos llamaban Ramón, señaló hacia los árboles. Allí vieron a un extraño individuo. Estaba sentado en la rama de un árbol de ocote, con su traje de soldado color caqui y su escopeta apuntando al cielo. Miraba fijamente hacia el cañizal.

Entonces todos recordamos la historia de un soldado de la Revolución que permaneció durante años custodiando un tesoro enterrado. Allí estuvo hasta que murió. Sin embargo, muchos siguieron viéndolo; rondaba la zona cuidando la riqueza que le habían encargado proteger.

La gente cree que ya no es el mismo soldado que custodia lo que se robaron durante la Revolución; los viejos del pueblo relatan que ya lleva demasiados años cuidando el tesoro enterrado. Dicen que cuando un tesoro está sepultado por mucho tiempo, es el Diablo el que se apodera de él. A lo mejor ese que vio mi padre y los demás campesinos aquella madrugada era el Diablo transformado en soldado.

Yo creo que así era, porque noches después mi padre nos contó cómo Jacinto, un ambicioso muchacho del pueblo, quiso apoderarse del mencionado tesoro. Durante días lo vieron deambular por las calles o bebiendo en la cantina de Raúl Neri. Lucía ensimismado e inquieto. Entre las manos le temblaba el vaso de cerveza y, entre trago y trago, sacaba su pañuelo para secarse el sudor de la frente.

Según parece, una noche fue solo al cañizal. Dos días después lo encontraron muy de mañana en el pueblo, vagando, delirando y con la mirada perdida. Lanzaba estruendosas carcajadas que espantaban a la gente, y decía a gritos: «¡Lo vi! ¡Vi el oro y lo tuve entre mis manos!». Luego se examinaba las manos y se cubría la cara con ellas. Entonces lanzando un grito exclamó: «¡Y cuando lo saqué sólo eran ratas, ratas corriendo entre mis pies, ratas subiendo por mis piernas! ¡Ratas! ¡Ratas!». Y seguía con llan-

to profundo, como de niño, para después volver a su andar errante y repetir la misma cantaleta.

Luego de ocho días en que Jacinto anduvo así a lo largo y ancho del pueblo, cierta mañana lo encontraron tirado en la calle. Muerto.

En ese momento a nadie en Los Naranjos le quedó duda de que el mal se había apoderado de esta pequeña población. Todos rezábamos día y noche para que la fuerza maligna se fuera de aquí para siempre. El Diablo andaba ya muy cerca...

El Diablo ya andaba entre nosotros

Nunca he dudado de la existencia del Diablo ni de su capacidad para dominar la voluntad de la gente. En el templo decían que había que luchar contra él en un lugar asignado por Dios. A nosotros nos había tocado en Los Naranjos. Sin embargo, a pesar de las oraciones, nuestros pecados se habían convertido en obstáculo para que el auxilio de Dios llegara hasta el pueblo.

Sentado bajo el cielo oscuro, rodeado por todos sus hijos, mi padre afirmaba que el Diablo rondaba por la región. Yo sentía un frío espeluznante correr por mi columna vertebral, pero eso no impedía que cada noche esperara con ansia sus narraciones. En cierta ocasión, mi papá narró la historia de doña Jesusita, mis tíos y «el carbonero».

Pero antes de referir este relato, voy a describir un poco el lugar donde vivíamos. Al lado del terreno donde habitaba mi familia estaba la casa de doña Jesusita y de su nieta. Su vivienda, como todas las de Los Naranjos, estaba construida con pencas de palma. Tanto las paredes y los techos de dos aguas eran de ese material. Tenía una cerca de delgados palitos de madera que circundaba el terreno. Por doquier había árboles frutales de nanche y cedro. El piso de ambas casas era de tierra apisonada, y sobre éste colocábamos petates para dormir. Del techo colgaban los candiles que encendíamos por las noches. Así vivíamos en Los Naranjos, bajo el ardiente sol de Veracruz.

Sucedió que un día Jesusita estaba moliendo el maíz que usaría al día siguiente para hacer tortillas; pero en aquella ocasión las labores de la casa retrasaron la tarea diaria, y ya había bajado el sol cuando el maíz remojado era puesto en el metate para sacar la masa. De pronto sintió una mirada y volteó sin soltar el metlapilli. Ante ella estaba un hombre alto, vestido con overol manchado de car-